

incorporaron ancianos y jóvenes. El número total de sus alumnos rondaba los tres mil; una cifra elocuente y que habla de la confianza de padres e instituciones sociales. Estos colegios con sus respectivas iglesias y templos fueron, a su vez, centros pastorales, lugares de culto en los que el fomento de la piedad ocupaba las escuálidas fuerzas de los más ancianos (dos padres ciegos se hicieron muy populares en Valencia y alrededores) y la creatividad y solicitud pastoral de los más jóvenes.

Reuelta, al igual que Benimeli hace gala en este texto de su profesionalidad, oficio, ponderación, buen juicio y fuerza comunicativa. La gran aportación de Reuelta en este por ahora su último libro es, sin duda alguna, la sabia y pertinente contextualización que hace del restablecimiento de la Compañía de Jesús en España; un estilo de asentamiento y progreso que a su modo servirá de modelo inspirativo a las diferentes congregaciones que se vayan restableciendo en España a lo largo del siglo XIX y también de espejo de los padecimientos y persecuciones que la vida religiosa en sus distintas manifestaciones y organizaciones sufrirá y padecerá a instancias de los distintos gobiernos liberales a lo largo de más de un siglo. Algo parecido a lo de la Compañía de Jesús le acaecerá y por extensión, como acabamos de decir, a la vida religiosa, y que puede percibirse con la lectura del último capítulo de esta segunda parte: *La quiebra del brote renacido: la supresión de la Compañía por las Cortes de 1820* (347-359). Comportamiento muy diferente al que tuvieron otros liberalismos como el inglés y el de los Estados Unidos tanto en lo referente a la libertad religiosa, como al progreso de la religión y con ella de la Iglesia católica y de las órdenes religiosas.

En suma y para terminar, los dos libros que acabamos de presentar, constituirán, estamos seguros de ello, una de las aportaciones culturales más relevantes en el año en el que celebramos el bicentenario de la Restauración de la Compañía de Jesús en la Iglesia y en el mundo. -ALFREDO VERDOY, SJ

CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires del siglo XX en España. 11 santos y 1.512 beatos* (2 volúmenes, BAC maior, 106 y 107, Madrid 2013), CXX+2816p., ISBN: 978-84-220-1670-0 (obra completa).

Vicente Cárcel nos tiene acostumbrados a obras monumentales. Esta última es, además, imprescindible para el conocimiento de la persecución religiosa en la España del siglo XX. El autor es un gran especialista en el tema, al que ha dedicado numerosos trabajos, entre los que destacan sus libros *La persecución religiosa en España durante la segunda república* (1990), *Mártires españoles del siglo XX* (1995), *La gran persecución* (2000), *Caídos, víctimas y mártires* (2008). La obra que acaba de publicar en dos volúmenes recapitula y coordina sus aportaciones anteriores, añade datos y perspectivas con documentación extraída principalmente del Archivo Vaticano y, sobre todo, ofrece las biografías de los 1.523 mártires reconocidos hasta ahora como tales por la Iglesia. El libro se abre con

un prólogo de Monseñor Martínez Camino y un pórtico con tres textos de Juan Pablo II.

El autor comienza su obra con una introducción general y un estudio histórico centrado en España, que son dos aportaciones muy importantes para comprender el significado y el contexto de los hechos martiriales. En la «Introducción general sobre mártires y persecuciones religiosas» (pp. XLIX-CXX) se esclarece el concepto de mártir y de martirio, que es la muerte infligida por odio a la fe; una muerte que el mártir acepta por amor a la misma fe. Queda claro que no se puede confundir la persecución religiosa con la represión política, ni se puede identificar a los mártires con los caídos en campaña ni con las víctimas de la violencia sacrificadas por otras causas.

A esta introducción (que incluye siglas y bibliografía) sigue el «Estudio sobre las raíces históricas de la persecución religiosa española y características generales de la misma» (pp. 1-279). Es una excelente monografía que analiza la persecución española a lo largo de 39 apartados o capítulos, en los que se van analizando los antecedentes, causas próximas y remotas, reacciones y características fundamentales de la persecución. El autor combina la constatación de los hechos con afirmaciones que sirven de réplica a las falsedades o tergiversaciones de algunos sectores opuestos a las beatificaciones. La persecución no se inició con el estallido de la guerra, pues desde 1931 se dio un ataque sistemático a la Iglesia mediante una política sectaria y antirreligiosa. Los incendios y saqueos fueron habituales en varios momentos de la república desde mayo de 1931. La legislación laicista alcanzó su cima en la ley de confesiones religiosas de 1933. La revolución de Asturias en octubre de 1934 fue un estallido de odio que causó la muerte a 34 religiosos o sacerdotes. Los atentados perpetrados durante los cinco meses del Frente Popular desde febrero de 1936 refuerzan la tesis del autor de que antes de la guerra civil estaba preparado el programa de la persecución religiosa. Las protestas de los obispos y del papa antes de la guerra no sirvieron de nada.

Con el estallido de la guerra civil la persecución religiosa se desató de manera generalizada y violenta contra las personas y signos religiosos, especialmente durante el verano y otoño de 1936. La famosa carta colectiva del episcopado español en agosto de 1937, en la que la Iglesia se ponía de parte de la rebelión, se explica en aquellas circunstancias —como afirmó Tarancón— cuando la Iglesia estaba padeciendo un exterminio sistemático en una parte, mientras se veía protegida en la otra. Pero no fue esta carta la que desencadenó la persecución, pues antes de su publicación habían sido asesinados ya 6.500 personas religiosas (el 90%). La carta, al divulgar los sucesos, ayudó más bien a suavizar la persecución.

A lo largo de los apartados 19 al 33 se estudian las características generales de la persecución. La ausencia de relevancia política o social de las víctimas, los asesinatos en masa a la luz del día y la ferocidad de los asesinos confirman claramente que los perseguidores actuaron *in odium fidei*. Fue una carnicería

de sacerdotes y religiosos por el hecho de serlo. Tampoco puede decirse que la persecución fue un movimiento incontrolado, pues detrás de los asesinos estaban los comités de las centrales revolucionarias. La denuncia del ministro vasco Irujo o del embajador francés Labonne confirman el odio sistemático y la dirección planificada por los comités revolucionarios, que daban consignas, listas y órdenes de ejecución a los patrulleros, ante la pasividad de los gobernantes. En las páginas 184-206 se refieren unos cien casos en los que la crueldad alcanzó cotas extremas en algunas torturas y humillaciones. No se pueden leer esas páginas sin preguntarse cómo es posible tanta crueldad entre seres humanos. Los tres apartados siguientes (34, 35 y 36) se ocupan de la persecución en Madrid, Cataluña y Valencia, y añaden detalles sobre políticos e instituciones responsables, comités, checas, cárceles, sacas, paseos y ejecuciones, eliminación de signos cristianos y cultos clandestinos. El apartado 37 contiene una amplia antología de textos de buenos historiadores, que demuestran la falsedad de quienes dijeron que los sacerdotes no fueron ejecutados por su condición de tales, sino por ser fascistas (Bosch Gimpera), o que la Iglesia no fue perseguida, sino perseguidora (Marcelino Domingo). El autor responde debidamente a los que acusaron a la Iglesia de no haber pedido perdón, y concluye extrañándose de que los mártires sean, para algunos, molestos, marginados y olvidados.

Tras esta doble introducción se ofrece la parte sustancial de la obra, que son las biografías de los 1.523 mártires beatificados hasta ahora. Se ha seguido el orden cronológico de las sucesivas ceremonias de su beatificación, desde la primera en la plaza de San Pedro (29 de marzo de 1987) hasta la última celebrada recientemente en Tarragona (27 de octubre de 2013). Generalmente las beatificaciones se han hecho reuniendo a los mártires en grupos, aunque también las ha habido individuales. Juan Pablo II beatificó a 471 mártires (de los que once han sido declarados santos); Benedicto XVI a 529; y Francisco a 522.

El autor describe primero la ambientación histórica del martirio de cada grupo. Luego ofrece la biografía de cada uno de los mártires. Tras el número de referencia sigue el nombre completo, el lugar y fecha de nacimiento y de martirio, y la semblanza biográfica. La información se apoya en la documentación de la Congregación de las Causas de los Santos, la *Positio* de cada grupo o persona y la bibliografía correspondiente. Hay biografías muy detalladas, cuando lo pide la relevancia del personaje, como san Pedro Poveda, fundador de la Institución Teresiana; pero hay otras biografías sucintas y esquemáticas. Estas diferencias dependen de las noticias más o menos explícitas de las fuentes consultadas. Nos ha llamado la atención el detalle con que se narran las vidas de los jóvenes pasionistas. Eran muchachos de pueblo, hijos de familias campesinas y cristianas. Los misioneros populares pasionistas despertaron la vocación religiosa de los niños, que acudieron al colegio o escuela apostólica. Algunos, al volver de vacaciones a su pueblo, vacilaban en la vocación, pero acabaron entrando en el noviciado y continuando sus estudios. Se da noticia de las cartas que escribían a la familia y de las deliberaciones de los superiores antes de concederles

la profesión, indicando sus virtudes y también sus defectos. Estos detalles nos revelan la vida sencilla de unos jóvenes animosos que vivían su vocación de manera normal hasta que los echaron del convento de Daimiel y les quitaron la vida sin otra culpa que la de ser religiosos.

El libro dedica la última parte a ocho apéndices, que recogen los documentos episcopales y pontificios más significativos durante la república, las cartas y memoriales inéditos sobre la persecución, y las homilias y discursos del papa y de otras autoridades en las ceremonias más significativas o numerosas.

El libro concluye con seis índices utilísimos por orden alfabético de apellidos, del estado civil o eclesiástico, de los lugares de nacimiento y de martirio, y por el orden cronológico de las sucesivas beatificaciones. Ante la multitud de tantos mártires uno se pregunta: «¿quiénes son y de donde vinieron?» (Apoc, 7, 13). Los índices demuestran que los mártires procedían de todas las provincias de España, incluso de aquellas en las que no hubo persecución religiosa. En la provincia de Palencia, por ejemplo, nacieron 85 mártires, la mitad jóvenes entre 17 y 29 años, que fueron sacrificados con sus comunidades.

En el recuento de los mártires según su estado es explicable el alto porcentaje de los obispos, dada la relevancia de su cargo. De los doce obispos asesinados, nueve están ya beatificados. Llama atención que hay menos beatos en el clero secular (181) que en el regular (1.107), a pesar de que los primeros superaron a los segundos en el número de muertos por la fe. Montero da la cifra de 4.184 asesinados del clero regular y 2.362 del clero regular. Según estas cifras los sacerdotes seculares beatificados suponen, aproximadamente, el 4 % de todos los sacerdotes seculares asesinados, mientras que el de los religiosos beatificados alcanza casi la mitad (el 49 %) de todos los religiosos sacrificados. Las religiosas mártires beatificadas son 166, número relativamente alto, pues supera la mitad del número total de las asesinadas (283 según Montero). También el reparto de las beatificaciones por congregaciones religiosas resulta un tanto desigual. A la cabeza están los hermanos de La Salle, con 153 (10 canonizados); los hermanos maristas con 113; los agustinos con 98; los hospitalarios con 95; los salesianos con 89; los dominicos con 82; los claretianos con 74; los capuchinos con 45; los carmelitas descalzos con 42, los benedictinos con 38; los carmelitas calzados y los franciscanos observantes con 35, y los pasionistas con 27. Las demás congregaciones religiosas cuentan, en su mayor parte, entre diez y veinte mártires beatificados. Las religiosas mártires beatificadas pertenecen a 28 congregaciones religiosas. Por el número se destacan las Hijas de la Caridad, las Vedrunas y las Adoratrices con 27, 25 y 23 mártires respectivamente.

El número de seculares mártires beatificados es relativamente corto, pues son en total 60 (33 hombres y 27 mujeres), casi todos valencianos. Los seculares beatificados son menos porque no expresaban de manera tan ostensible el carácter religioso de las personas consagradas. El martirio de estos seculares hombres y mujeres, muchos de ellos jóvenes, contiene el valor añadido de una existencia cristiana vivida en el mundo con una intensidad que no pasó desapercibida a

los enemigos de la fe. Fueron auténticos cristianos en sus diversos ambientes y profesiones, desde el gitano Ceferino (*El Pelé*) hasta el ingeniero Vicente Vilar o el abogado Pablo Meléndez, padre de diez hijos; y lo mismo puede decirse de las mujeres, entre las que se encuentra la obrera textil Florencia Caerols, la modista Francisca Cuallado, la licenciada Luisa María Frías o las maestras Victoria Díez y Encarnación Gil. La vida y muerte de estos católicos seculares, padres y madres de familia o jóvenes de acción católica, son conmovedoras, empezando por la más anciana, la valenciana María Teresa Ferragut, sacrificada, a sus 83 años, con sus cuatro hijas religiosas que se habían refugiado en su casa: «donde van mis hijas voy yo».

Los muchos mártires beatificados hasta ahora son auténticos mártires. Hay que decir que son todos los que están. Pero también puede decirse que no están todos los que son, y por eso continúa el proceso de beatificación de otros muchos sacrificados *in odium fidei*. En la declaración de las beatificaciones influyen la organización corporativa, el interés de las diócesis o congregaciones y la diligencia de los postuladores. Estos factores pueden haber influido en las desigualdades numéricas antes señaladas. Pero el testimonio de los mártires no radica en el número, sino en la autenticidad de una fe sostenida hasta el sacrificio de la propia vida.

Vicente Cárcel ha escrito un libro interpelante, que no deja a nadie indiferente. Por eso ha coronado su obra con una conclusión (pp. 2441-2448) en la que nos invita a recoger algunas de las lecciones de nuestros mártires: el ánimo de una juventud entregada, el seguimiento al Señor hasta el Calvario, la fidelidad a la vocación cristiana y la llamada a la reconciliación.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.

SANTIAGO DE PABLO, JOSEBA GOÑI GALARRAGA Y VIRGINIA LÓPEZ DE MATURANA:  
*La diócesis de Vitoria. 150 años de historia (1862-2012)*, Vitoria, Editorial ESET-Obispado de Vitoria, 2013, 767 pp., ISBN: 978-84-7167-159-2.

Aunque hace ya unos años que la Biblioteca de Autores Cristianos puso en marcha una muy valiosa Historia de las diócesis españolas, ello no ha sido óbice para que puedan seguir escribiéndose historias alternativas de diócesis como la que en esta ocasión se nos presenta. En ese sentido, el libro escrito por el Catedrático de Historia Contemporánea Santiago de Pablo, el Catedrático emérito de la Facultad de Teología (sede de Vitoria) Joseba Goñi y por la Doctora en Historia Contemporánea Virginia López de Maturana no sólo es una muestra de lo afirmado anteriormente, sino también una excelente aportación al conocimiento de la Historia diocesana más reciente. Como señala Monseñor Asurmendi, actual Obispo de Vitoria, la razón de este libro ha sido conmemorar el primer siglo y medio de existencia de la diócesis de Vitoria, siendo un encargo realizado